

sas célebres contenidas en el archivo histórico de la institución, razón por la cual conservó, por años, bajo su custodia, dichos documentos.

A través de sus novelas presentó abusos y atrocidades que aparecían como añejos antecedentes de un comportamiento clerical inaceptable y permitían justificar, ante una sociedad enteramente católica, la abolición de los privilegios del clero, la desamortización de sus propiedades y la supresión de los conventos. En 1868, después de derrotar a la reacción en los campos de batalla, los liberales debían derrocarla de lo íntimo de las conciencias. En este sentido, las novelas históricas de Riva Palacio pueden leerse como una brillante apología del liberalismo y fueron sin lugar a duda un instrumento publicitario eficaz.

A pesar de sus exageraciones y de los extravíos de su imaginación, inspirados en el deseo de atacar directamente al clero mexicano, hay que conceder a Riva Palacio el mérito de haber incorporado, gracias a ellos, el pasado colonial a la conciencia mexicana. En sus temas supo explotar el antiespañolismo generalizado que entonces brotaba a flor de piel con la mayor facilidad.

La fascinación que sintió Riva Palacio por esta etapa de la historia mexicana fue suficiente para alentar durante seis años su afán literario que le permitió llenar miles de páginas. La investigación en diversas fuentes que él se impuso para ambientar sus novelas y reconstruir los elementos materiales necesarios para darles veracidad, fue un elemento importante que lo condujo a redactar una década más

tarde el tomo de *México a través de los siglos* consagrado a la colonia y que consideró entonces como la etapa embrionaria de la historia de México.

El trabajo de José Ortiz Monasterio, sólidamente documentado, ilustrativo de la amplitud de sus criterios históricos y literarios, demuestra brillantemente cuánto ganó la historiografía mexicana con el rompimiento de tabúes torpemente "cientistas". Al leer el libro *Historia y ficción: los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, ameno, ágil, felizmente escrito, el lector se sorprende al desear que proliferen los actos "iconoclastas" contra los dogmas. Al parecer los jurados de dos importantes premios de historia compartieron este anhelo, pues aprobaron con sus votos el trabajo del autor, otorgándole por un lado el premio de la mejor tesis de licenciatura en la Universidad Nacional Autónoma (Premio Marcos y Celia Mauss 1992) y por otro el premio Francisco Javier Clavijero del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Apuesto a que el lector común, recorriendo este libro, también se dispondrá a otorgarle, sin vacilaciones, el premio de su aprecio y de su adhesión.

Nicole Giron
INSTITUTO MORA

Beatriz Rojas, *Los huicholes en la historia*, CEMCA/INI, México, 1993, 224 pp., ils.

La etnohistoria se ha constituido hoy en disciplina autónoma al modificar

profundamente la idea que se forman de su trabajo tanto los historiadores como los antropólogos, así como de sus relaciones. Es muy importante además que ese tipo de investigación, preciso tanto en sus métodos como en su meta, permita a las sociedades minoritarias recobrar una dignidad que la historia y la etnología tradicionales les negaron muchas veces, bajo el concepto ideológicamente impuesto de "sociedades sin historia".

En ese sentido, el trabajo de Beatriz Rojas sobre los huicholes es ejemplar. Se integra a la empresa de reconstrucción de las historias étnicas del Occidente de México que realiza desde 1987 el Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA), bajo la dirección de Jean Meyer y luego de Thomas Calvo. Así, el CEMCA ha editado, con el Instituto Nacional Indigenista, obras de referencia tanto de precursores como León Digué, como de etnohistoriadores modernos como Phil Weigand o Jesús Jáuregui, ya sea la *Bibliografía del Gran Nayar* o *Música y danzas del Gran Nayar*.

El título mismo del libro de Beatriz Rojas, *Los huicholes en la historia*, señala claramente las intenciones de su investigación, sus límites y sus perspectivas. ¿Por qué no haberlo llamado más ambiciosamente *Historia de los huicholes*, sobre el modelo de la *Historia de los apaches*? La etnohistoria de Beatriz Rojas no se muestra totalizadora y la autora tiene una conciencia precisa de los límites de su proyecto y de la gran responsabilidad política que implica. Se trata de una labor paciente e inmensa en los archivos, manifestada en un libro anterior, preámbulo del

actual, publicado por Beatriz Rojas bajo el título *Los huicholes: documentos históricos*. Todos los archivos disponibles han sido visitados: Archivo General de la Nación, Secretaría de la Defensa, de la Reforma Agraria, de los Estados, de los franciscanos, de la Iglesia; archivos de Sevilla y Simancas. Sin embargo, nos previene, faltan datos. ¿Qué sabemos de los huicholes antes de la conquista? "Casi nada" ¿Al principio de la colonia?, "poco", nos dice Beatriz Rojas.

La primera información confiable sobre unos huicholes, entonces llamados *vizuritas*, es de principios del siglo XVII. En tales condiciones, una historia globalizadora no tiene objeto y por lo tanto la etnohistoriadora se plantea el problema del sentido de la historia en general y propone un método de trabajo radicalmente opuesto a cualquier espíritu de sistema. Hay dos tipos de historia étnica, apunta Beatriz Rojas, "la mítica y la que no lo es" (p. 13). En consecuencia, ella se prohíbe toda incursión en la primera ya que "este tipo de historia les corresponde sólo a ellos (los huicholes) narrarla". Esa concepción muy estricta contiene una crítica implícita al trabajo de los etnólogos, que trataré más adelante. Vale la pena, por lo pronto, entender que la historia que quiere la autora es "la que narra los hechos".

La obra consta de 78 capítulos muy breves, ilustrados, comentados, orientados por mapas y numerosas fotografías de los dos grandes precursores de los estudios huicholes, el noruego Lummholtz y el francés Digué, que reciben así un discreto homenaje. La brevedad de los capítulos nos convence de que

ninguna historia es lineal, menos aún la de los grupos dominados que buscan, a veces, su integración a las estructuras político-económicas dominantes, a veces, a rechazar “los momentos de contacto... los del retraimiento” (p. 9). Según ese criterio, Beatriz Rojas propone una cronología:

—De la conquista hasta fines del siglo XVI: movimiento de retirada en la Sierra; abandono de la costa pacífica, siempre muy presente en la geografía del canto chamánico, para escapar a la extrema violencia de la campaña de Nuño de Guzmán y, después, al feroz sistema de encomienda y al trabajo forzado en las minas de plata.

—De fines del siglo XVI hasta principios del XVIII: contacto restringido debido a la actividad de las misiones franciscanas, que buscan la conversión de los indígenas y su defensa frente a los hacendados y mineros. Se trata de concentrar y controlar a los indios en la zona de Colotlán, “baluarte contra la barbarie”, según el título de un trabajo de María del Carmen Velázquez. Por eso reciben ciertos privilegios en su calidad de “fronterizos”, de “flecheros”, mercenarios de la corona y exentos del tributo y del trabajo en las minas.

—De 1722, fecha oficial de la “reducción pacífica” del Nayar cora, hasta 1850: retirada parcial provocada por la pérdida del estatuto privilegiado de fronterizos y por las primeras entradas en la Sierra de colonos mestizos. Las tres comunidades huicholes buscan la titularización de sus tierras. Dicha defensa jurídica pierde su eficacia a partir de la independencia.

—De 1854 hasta la fecha: “contac-

to”, generalmente violento. Participación parcial al movimiento de Manuel Lozada (1854-1873), el Tigre de Állica, cuyo “profetismo” agrarista y milenarista ha sido analizado por Jean Meyer (tomo IV de su *Colección de Documentos para la Historia de Nayarit*, CEMCA, 1989); participación en la revolución mexicana y en la Cristiada, durante las cuales las comunidades se destrozan en una lucha faccional. En 1940 el saldo es negativo. En el siglo XX las comunidades han perdido más tierras que en los dos siglos anteriores.

La historia documentada en archivos, aquí practicada, procede por pinceladas, que, sumadas, terminan por modificar radicalmente nuestra visión de “los huicholes en la historia”. Los esquemas anteriores no resisten al análisis que saca a la luz permanencias y problemas.

1. Contra lo que reza cierta escuela clásica, no hubo nunca aislamiento ni encierro. Los huicholes serranos se han comunicado siempre con la gente del llano y de la costa. Ciertamente, el santuario serrano sirvió, en las épocas tormentosas, de “refugio”, y Beatriz Rojas desarrolla el concepto elaborado por el gran antropólogo Gonzalo Aguirre Beltrán cuando nos dice que la sierra es “refugio regional para la gente fuera de la ley, los esclavos cimarrones, los presos perseguidos por la justicia, los indígenas huyendo del tributo y de la mina”.

2. No existió nunca ninguna unidad política de las comunidades huicholas. Antes de 1722 no existía la noción de comunidad, en el sentido que los huicholes le dan hoy en día. De hecho la comunidad nace como un compromi-

so entre las autoridades indígenas y franciscanas de la época; con todo, aún después de su formación legal las estrategias de alianza, internas y externas a la Sierra, han enfrentado a las comunidades entre sí, a veces *manu militari*. Así como los huicholes en la historia oscilan entre contacto y retraimiento, las comunidades pasan de la alianza estratégica, cuando se “acelera la historia” (tumulto de 1702, movimiento lozadista) al conflicto creado por las estructuras coloniales (huicholes fronterizos contra huicholes “brancos” de sierra adentro) o modernas (faciones villista y carrancista, bandos cristeros y anticristeros, que dividen y ensangrentan a las comunidades).

3. Las alianzas contradictorias, por ejemplo con el imperio de Maximiliano, los cambios repentinos, como la adhesión de las comunidades al gobierno español en 1815 después de haber participado en el movimiento insurgente, son volteretas que se explican por la única constante política, casi obsesiva: conservar las tierras de la comunidad.

4. Los problemas del tiempo presente. Ni polémica, ni militante, la etnohistoria de Beatriz Rojas plantea el asunto de fondo, arruina las ideas recibidas y afirma con vigor el valor, la utilidad de la investigación histórica y etnológica en México, para México. El fondo es la capacidad de las comunidades a enfrentar el reto del presente: invasión de sus tierras por los “ejidatarios” y los ganaderos; el hecho de que los ganaderos no pagan el arrendamiento de los pastizales; la explotación del bosque según la lógica más depredatoria. Mayor número de hui-

choles sabe ahora que comparten esos problemas con otras comunidades, pero la autora sugiere que lo más dramático es que los explotados participan de su explotación, sea por la corrupción de algunas autoridades suyas, sea por los errores políticos de dichas autoridades, ajenas a veces a las sutilezas o a la perversidad de la ley. Sobre el caso significativo de la tierra, problema de vida o muerte para las comunidades, la autora escribe: “Dado el tipo de problemas agrarios que les toca, las comunidades deberían haber solicitado dos tipos de procedimientos agrarios: confirmación y restitución. Por ignorancia algunas solicitaron una dotación.”

Así comprobamos el valor operativo del trabajo de un autor documentado, preciso, comprometido. Beatriz Rojas había manifestado ya su compromiso en trabajos de microhistoria sobre Camotlán, pueblo que se encuentra en el corazón del conflicto actual que opone a huicholes y mestizos. Las diversas partes de esta obra etnohistórica de Beatriz Rojas se complementan de tal manera que el conjunto sirve no sólo a la investigación académica, sino a la recuperación siempre postergada de su pasado, por los huicholes que la van a leer.

Ahora el etnólogo se siente con el derecho de contestar a la etnohistoriadora cuando ella parece dudar del valor de la investigación mitológica, especialmente cuando la llevan a cabo investigadores externos. El canto chamánico confirma sobremanera que los huicholes siguen atados espiritual y ritualmente a las tierras perdidas que siguen considerando como suyas. León

Diguet, justamente homenajeado por Rojas, averiguó el valor histórico de la mitología con el espléndido ejemplo de *Marra Kwari*, Cola de Ciervo, antiguo héroe, quizá recordando a algún jefe unificador anterior a la Conquista, que los huicholes contemporáneos de Diguet habían reactualizado en Manuel Lozada. Que yo sepa, ningún huichol actual conserva aquel recuerdo. Con esa pequeña reserva, no nos queda sino desear, como la autora, que los huicholes tomen progresivamente a su cargo el estudio de su cultura. Hay que concluir de manera optimista como Beatriz Rojas: "No cabe duda que los estudios realizados sobre los huicholes, desde hace más de un siglo, han tenido un papel vital, no sólo para darlos a conocer en el medio académico, sino para informar al gobierno y a los responsables de la política indigenista de lo que ocurre realmente en las lejanas montañas de la Sierra Madre a donde pocas veces llegan los funcionarios."

Denis Lemaistre*

Gloria Artís Espriu, *Familia, riqueza y poder. Un estudio genealógico de la oligarquía novohispana*, CIESAS, México, 1994 (Colección Miguel Othón de Mendizábal).

El libro examinado se inscribe en una corriente historiográfica que ha esta-

do en boga en los últimos años, la cual analiza a algunas familias que jugaron un papel preponderante por su dominio económico, político y social en ciertas regiones. En estos estudios de caso, han salido a luz detalles poco conocidos que, puestos en su debido contexto, proporcionan información que lleva a una mejor comprensión del pasado de nuestro país. Pero este es más que un libro de historia de familias.

Gloria Artís Espriu, investigadora del CIESAS, ha realizado distintos estudios sobre la época colonial novohispana, atendiendo cuestiones económicas y sociales y articulando diversos problemas de investigación. Como ella misma explica, su interés por centrarse en el análisis de los intereses económicos de la burguesía novohispana derivó del examen de la relación entre los grupos sociales y los sectores de la producción.

Esta no es la primera ocasión en que la autora se ocupa de la producción cerealera. En 1986 publicó el ensayo *Regatones y maquileros. El mercado de trigo en la Ciudad de México (siglo XVIII)*, en el que se ocupó del comportamiento del mercado de trigo. Posteriormente, analizó la organización del trabajo en los molinos para el mismo periodo (CIESAS, 1992). Y el análisis se complementa ahora con la reconstrucción de la vida de un grupo de la oligarquía novohispana.

Para lograrlo, combinó diversas aproximaciones metodológicas que tienen que ver con la tipología de los grupos definidos como *elite*, y añadió variables como el lugar de nacimiento de sus individuos, su participación en

* Esta reseña fue originalmente publicada en *Journal de la Société des Américanistes*, vol. 80, pp. 325-329, 1994. Traducción de Jean Meyer.